



# Excesos del consumo

**M**IENTRAS millones de personas viven con poco más de un euro al día, el llamado mundo occidental y los países emergentes consumen más que nunca en la historia de la humanidad. De no frenarse esta tendencia al gasto desbocado, la supervivencia del planeta y de la propia especie humana están en peligro.

CECILIA GUERRA

**D**EL consumo dependen nuestras economías y millones de puestos de trabajo. Pero nuestro planeta tiene un límite. Actualmente el mundo consume más que nunca en su historia: en sólo una semana se producen más bienes que en cuatro años durante el siglo XVIII; 1.700 millones de personas –una cuarta parte de la humanidad– forman parte de la sociedad de consumo global y no se encuentran sólo en los países ricos (Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, la Unión Europea), sino también en India o China; en EE.UU. hay actualmente más coches (204 millones), con su consumo masivo de gasolina y sus emisiones tóxicas, que habitantes (191 millones); aunque, en el otro lado del espectro, 2.800 millones de personas viven con menos de dos dólares al día (un poco más de un euro, el precio de un café o de un diario) y 1.000 millones no tienen acceso a agua potable.

## EL MUNDO EN CIFRAS

Éstas son algunas de las conclusiones del informe sobre la situa-

ción en el mundo en el año 2004 del Worldwatch Institute (Observatorio Mundial) titulado "La sociedad de consumo" (Icaria Editorial), una llamada de atención sobre un problema de cuya solución depende, a largo plazo, la supervivencia de nuestro planeta y de la humanidad. Quizás una sola cifra puede resumir todos los da-



tos aportados anteriormente: en 2002 se bebieron 185.000 millones de litros de bebidas con burbujas. Como ha escrito 'The New York Times', nuestras sociedades reposan en el principio de "producir más de lo que se demanda y ofrecer más de lo que se necesita".

"Necesitamos controlar el consumo antes de que el consumo nos

controle por entero a nosotros", ha señalado Christopher Flavin, presidente del Worldwatch Institute, una ONG independiente con sede en Estados Unidos. "Hay que encontrar fórmulas para que los gobiernos, las empresas y los propios ciudadanos vayan más allá de la acumulación ilimitada de productos y consigamos garantizar una mejor vida para todos". Pero no será fácil, porque como señaló el profesor Gary Cross en su libro 'An all consuming Century', el consumismo ganó la batalla ideológica del siglo XX. Además, el deseo legítimo de todos aquellos que viven al margen de la sociedad de consumo, impulsado por las televisiones por satélite que llevan la publicidad de todo tipo de productos a todos los rincones de la tierra, es formar parte de ella. Y eso requiere un esfuerzo por parte de los ricos. "El culto compulsivo al dios del consumo ha conducido a la humanidad al borde del abismo ambiental: agotando los recursos, dispersando peligrosos contaminantes, degradando los ecosistemas y amenazando con trastornar el equilibrio climático del planeta. Para alejarnos de este precipicio



**El mundo consume más que nunca: en una semana se producen más bienes de los que se producían en cuatro años durante el siglo XVIII**

es preciso que la humanidad reduzca de forma importante su demanda de recursos de la Tierra", escribe Michael Renner en el capítulo 5 de 'La sociedad de consumo'.

Este investigador reconoce, sin embargo, la necesidad de que los más desfavorecidos puedan aumentar su nivel de consumo, por lo que la pelota está en el tejado del mundo desarrollado: "Los ricos de-

berían reducir su uso de energía y materiales, algunos consideran que hasta en un 90 por ciento durante las próximas décadas".

## LOS NUEVOS ESPAÑOLES

La edición en castellano del informe tiene un capítulo, redactado por Óscar Carpintero y José Manuel Naredo, dedicado a los cambios que ha experimentado la

## ¿Son imprescindibles las bolsas de plástico?

**E**NTRARON a formar parte del paisaje cotidiano en 1957, cuando fueron introducidas en Estados Unidos, y a finales de los años setenta estaban presentes en todas partes, a veces en las casas, a veces en los campos. En 2002 su producción alcanzó los 5 billones de unidades. Son más baratas y al fabricarlas se consume menos energía que con las de papel; pero sus efectos medioambientales son notables: no son biodegradables y taponan desde alcantarillas hasta cultivos.

El Worldwatch Institute afirma: "La idea de llevar bolsas reutilizables siempre que se va de compras es tan simple y tan evidente que puede que la mayoría de la gente no se haya dado cuenta de la enorme repercusión que podría tener".

En EE.UU. hay actualmente más coches (204 millones), con su consumo masivo de gasolina y sus emisiones tóxicas, que habitantes (191 millones).

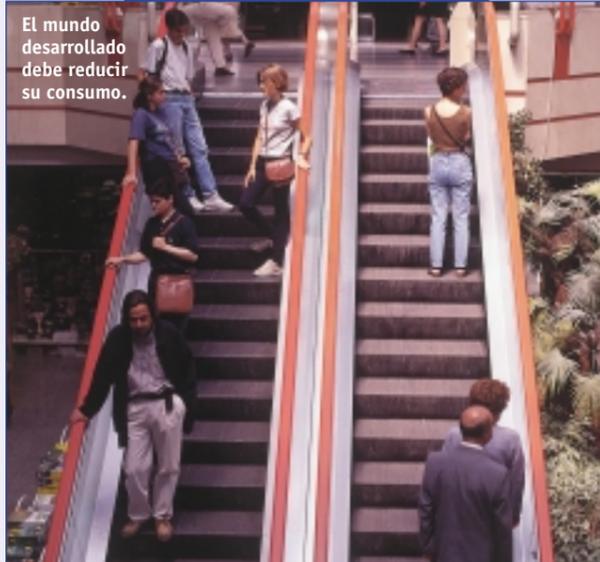
## De 1 a 1.140 millones en sólo diez años

**QUIZÁ** nunca otro producto simbolice de forma tan exacta la sociedad de consumo como los teléfonos móviles, un aparato imprescindible para millones de habitantes en todo el mundo desarrollado, que cambian constantemente de modelo, pero que hace diez años ni siquiera existía. En 1992, un 1 por ciento de la población mundial tenía móvil; en 2002, un 18 por ciento, lo que representa 1.140 millones de personas. Hasta en Bagdad o en Kabul funcionan los móviles. Quizás por su novedad, muchas empresas productoras se han planteado más pronto que para ningún otro producto hacer componentes desechables.

sociedad española conforme ha ido adentrándose en la vorágine de la sociedad de consumo: los Requerimientos Totales de Materiales (RTM) –todo lo que se utiliza en la producción y que se incorpora a la cadena de valor económico por la compraventa– se han multiplicado por cinco (de 267 millones de toneladas a 1.508) entre 1955 y 2000, sin incluir la erosión o el agua. Son los años en los que España pasó de la pobreza, en las postrimerías de una terrible posguerra, a convertirse en una de las grandes economías mundiales. Pero este desarrollo que, según los autores "ha demostrado una eficiencia ecológico-ambiental bastante escasa", no puede mantenerse a este ritmo de crecimiento, una vez alcanzados unos niveles de vida para la población, sin poner en peligro todo el sistema porque los recursos, aunque grandes, no son ilimitados.

Worldwatch Institute no se limita a presentar denuncias, a advertir sobre los peligros que representa el consumo global, sino que ofrece soluciones, que requieren un profundo compromiso político por parte de los Gobiernos de los Estados desarrollados y que van mucho más allá del tratado de Kioto sobre emisiones tóxicas a la atmósfera, que muchos no han firmado y muchos otros lo han hecho pero no lo cumplen. Las administraciones públicas, según el Worldwatch Institute, tienen a su alcance instrumentos como la reorientación de las políticas fis-

**1.700 millones de personas -una cuarta parte de la humanidad- forman parte de la sociedad de consumo**



El mundo desarrollado debe reducir su consumo.

**En el otro lado del espectro 2.800 millones de personas viven con menos de dos dólares al día y 1.000 millones no tienen acceso a agua potable**

cales y de subvenciones, la adopción de normas que favorezcan la conservación del medio ambiente en las compras del sector público, y la adopción de normas de producción y de programas de certificación apropiados. La austeridad en materia energética, así como en el uso de materiales; la reducción de la producción de residuos; cambiar la relación de los consumidores con los productos (no todo es de usar y tirar); aumentar la eficacia y la limpieza de las tecnologías y la introducción de nuevos valores son ideas que pueden hacer que el mundo siga siendo habitable a medio plazo.

### CAMBIO DE MENTALIDAD

Pero todo ello pasa por un cambio profundo en las mentalidades. "Sería necesario redefinir la prosperidad para enfatizar que la calidad de vida, más que una mera acumulación de bienes, debería centrarse en lo que la gente más desea. Una buena vida puede estar basada no en la riqueza, sino en el bienestar", escriben Gary Gardner y Erik Assadourian, que proponen una mayor atención hacia las necesidades básicas de las personas (salud, educación, seguridad...) frente al consumismo desbocado. Y no se trata de una nueva versión de la utopía de Thomas Moro: es una cuestión de vida o muerte para un planeta cuyos recursos se agotan a una velocidad vertiginosa, con un crecimiento exponencial del desgaste. ■



## Miguel Ángel Aguilar ¡Consumidores del mundo, uníos!



**D**ICEN los monopolizados de los juicios morales que el esquema de las clases sociales pertenece a la época de las cuevas de Atapuerca y que la evolución ha convertido esas expresiones en chatarra inservible que debe acopiarse en los vertederos. En frase de Julio Cerón se trataría de conceptos arrumbados por el viento de la historia a la playa de la insignificancia.

El pensamiento dominante que se emite en la frecuencia del sectarismo liberal a partir de los laboratorios de Chicago ha sido interiorizado por el público de a pie con el resultado visible de desactivar la conciencia de clase que puso en marcha tantos movimientos de masas. Al convencimiento del sentido dogmático, irreversible, de la historia ha sucedido la prostración de la historia sin sentido, del sálvese quien pueda. De aquellos proletarios que nada tenían que perder salvo sus cadenas pero que estaban en pie como famélica legión se ha perdido el rastro.

Ahora a la idea del catolicismo tridentino que consideraba hartos difícil que los ricos entraran en el reino de los cielos ha sucedido la del protestantismo de la predestinación, según la cual quien logra la prosperidad aquí abajo obtiene también una progresiva cercanía a la diestra de Dios

Padre a la hora del juicio final. O sea que hacerse rico es meritorio y quien logra la riqueza, quien hace fructificar los talentos, es acreedor a recompensas en el más allá. Mientras que los maximalistas pretenden un paso adelante según el cual el pobre es pobre porque es culpable y enseñada veremos defender el principio de que carece de sentido que los pobres tengan derecho a votar.

Ha cundido el abandono colectivo de las pretensiones redentoras, se ha impuesto la renuncia a cambiar el mundo y las condiciones adversas en las que se mueven los desfavorecidos. Otra cosa es que cada uno de ellos se busque la vida o se convierta en elemento de alta peligrosidad. De forma que la amenaza deje de proceder de los más fuertes y provenga de los más débiles.

Entre tanto, llega la ola del consumismo. Las necesidades, como las ventajas comparativas se crean. Y el ciudadano queda travestido de consumidor, de manera que mientras al primero se le recortan sus derechos al segundo se le erige en pieza fundamental del sistema. Decaen los impuestos sobre el patrimonio o las demás rentas sin atender a sus efectos redistributivos y se prefiere gravar el consumo y generalizar el IVA, donde por una vez

todos somos iguales. Así que aprestémosnos todos a la lucha final: ¡consumidores de todos los países, uníos!

*Miguel Ángel Aguilar es periodista.*

[..]  
*Decaen los impuestos sobre el patrimonio o las demás rentas sin atender a sus efectos redistributivos y se prefiere gravar el consumo y generalizar el IVA*

[..]